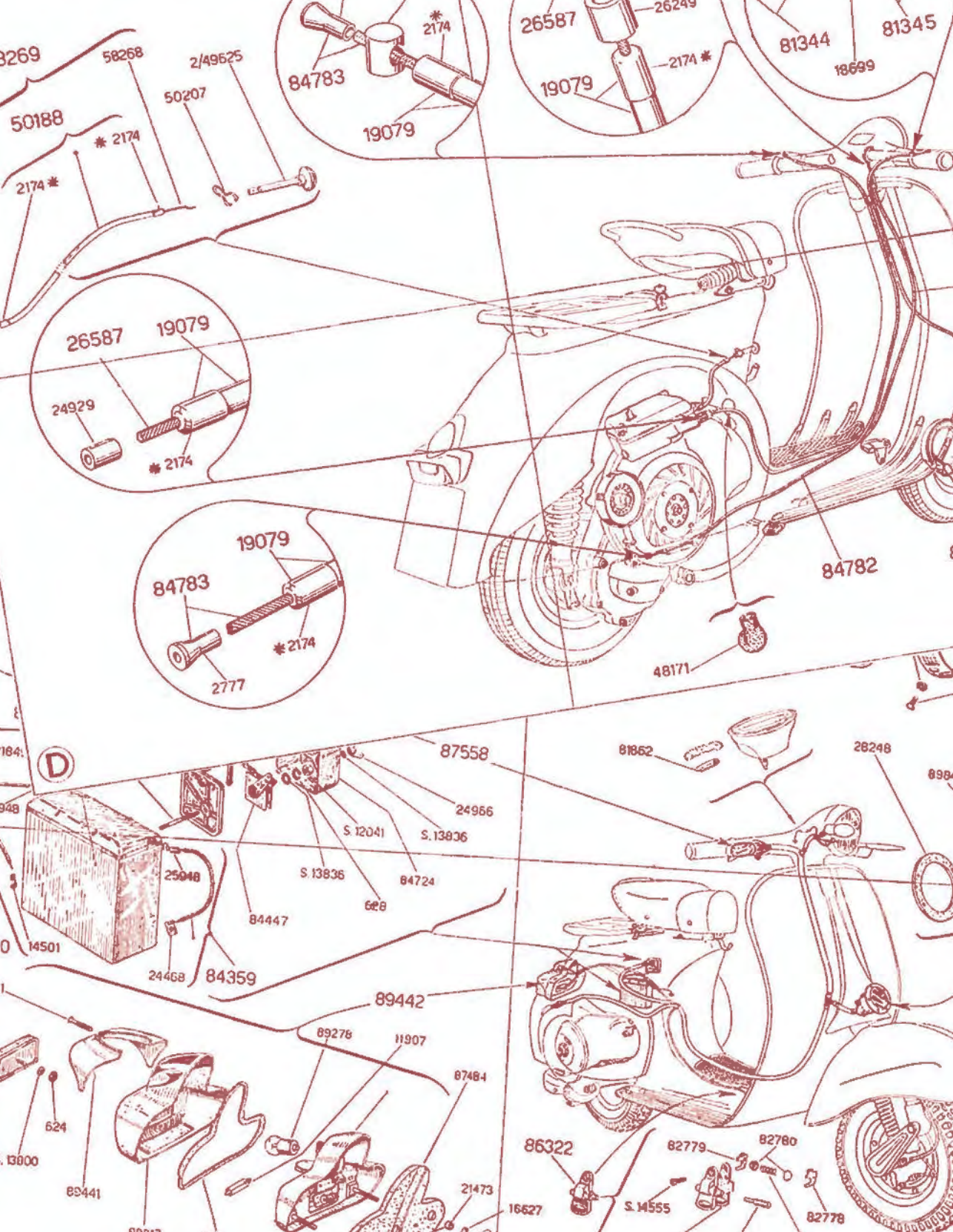




Azul, Amarillo, Danubio

UN VIAJE EN VESPA HACIA EL CORAZÓN DE EUROPA



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2026

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

 @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© José Suárez Arias-Cachero, 2026

Prólogo: © Jorge Valdano Castellanos, 2026

Epílogo: © Alejandro G. Iñárritu, 2026

Infografía: © Emilio Amade, 2026

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 979-13-87599-58-4

Depósito legal: M-23807-2026

Edición: Sergio Casquet

Diseño y maquetación: Jesús Egido & Berta Roda

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Azul, Amarillo, Danubio

UN VIAJE EN VESPA HACIA EL CORAZÓN DE EUROPA

José Suárez Arias-Cachero

Prólogo de Jorge Valdano

Epílogo de Alejandro G. Iñárritu



Índice

Prólogo Casi 4.000 kilómetros en 125 centímetros cúbicos, por JORGE VALDANO	9
Nota del autor	19
Prefacio El entierro de Europa	21
EL VIAJE	27
La Balesquida	29
La capital de Europa	39
Las fuentes del Danubio	49
Hacia el mar Suabo	59
De Reichenau a Sigmaringa	71
Las dos almas de Alemania	81
La desviación de Augsburg	91
Camino de Ratisbona	101
El pasillo estrecho	111
Garcilaso en el Danubio	121
El Donau fluye, no distingue	131
El valle de Wachau	141

La Viena de <i>El tercer hombre</i>	153
La cripta de Alma Mahler	163
El paisaje de los Liechtenstein	173
Bratislava-Preßburg-Pozsony	183
Un puente sobre el Duna	193
La ciudad de Puskás	201
El último burgués	211
El último emperador	219
El cardenal de las cinco iglesias	227
Río de fronteras y derrotas	237
¿Dónde está Belgrado?	249
La llave de los Balcanes	259
Lo que el río se lleva	269
Lo que el río esconde	279
¿Y dónde está Vidin?	289
Propaganda, sangre y pelícanos	297
Tracia, el umbral	307
La guerra de Europa	319
Sulina, <i>finis itineris</i>	333
Epílogo Reducir la velocidad para volver a aprender a mirar, por ALEJANDRO G. INÁRRITU	345
Agradecimientos	349

PRÓLOGO

Casi 4.000 kilómetros en 125 centímetros cúbicos

por Jorge Valdano

EL PRÓLOGO DE UN LIBRO es una invitación y me siento un privilegiado por estimular su curiosidad, lector, por este viaje. No retrasemos lo esencial: está usted ante un gran libro: didáctico, original, profundo...

«Un viaje a caballo se compone de infinitas llegadas. Cuando uno toma un autobús o un avión, es otro asunto, va y llega», nos dejó el gran Atahualpa Yupanqui, que parece hablarnos desde otro tiempo con su sabiduría de tierra adentro.

José Suárez cambia el caballo por una Vespa de 125 centímetros cúbicos, para seguir el curso del Danubio con erudición histórica, con mirada moderna y agitando nuestra conciencia. Advirtiéndonos de los peligros que nos amenazan.

Quizás, viajando en Vespa, sabríamos mirar y entender mejor la condición humana, especie capaz de progresos deslumbrantes, pero a la que, en ocasiones, las emociones se empeñan en devolvernos a la edad de piedra.

La ruta la marcó el Danubio. Casi 4.000 kilómetros en un verano de fuego, recorridos por un tipo curioso de sesenta años, sin que existiera brecha generacional entre él y la moto. Para no marearse con las imágenes y rememoraciones de una aventura tan grande, su punto de partida moral fue *Uviéu* (Oviedo), donde la identidad no le deja perderse.

De hecho, en cualquier punta de Europa siempre daba con una piedra, se cruzaba con un paisano ilustre o encontraba un episodio histórico que

lo devolvía a Asturias, su centro neurálgico. Saber de dónde somos ayuda a saber quiénes somos.

En términos prácticos la Vespa arrancó en Estrasburgo, para darle al viaje entidad simbólica, porque hasta para llegar al alma de Europa necesitamos de un orden burocrático y político. Pero el Danubio empieza en Alemania, donde a la historia le sobran muertos para espantarnos y en donde la extrema derecha asoma otra vez sus garras para recordarnos que, por recientes que sean los sucesos, algo falla en nuestra conformación para que aprendamos tan poco.

El viaje fue apasionante. Seguramente para él, pero también para nosotros, privilegiados lectores del libro. Un encuentro casual con un lugareño, un monumento que le hace justicia a cierto personaje, un castillo que en algún momento fue crucial, un paraje donde recaló el mal y el bien tuvo que hacerse heroico para desafiarlo... El peligro y la esperanza.

El ser humano recorriendo siglos con todas sus contradicciones a cuestas y Suárez arriba de su Vespa, viendo y contándolo con la pasión y la amenidad del gran divulgador que es.

Me sentí interpelado por su visita a Budapest, por malformación profesional y porque el personaje que Suárez rescata sintetiza el libro. Suárez encontró en la figura de Puskás a un talento futbolístico superior de los años cincuenta y sesenta que fue cruzado por la historia.

Pasó de héroe, cuando sus triunfos enorgullecían a la gente, a traidor, cuando abandonó Hungría para jugar en el Real Madrid. Tiempos en que el mundo se dividió en dos y Puskás quedó en tierra de nadie. Hoy su tumba es venerada, una estatua lo immortaliza y el mejor estadio de Hungría lleva su nombre. El héroe y el traidor eran la misma persona, pero la historia lo barre todo cuando se pone totalitaria. Mirar en perspectiva te permite observar la trascendencia y estupidez de algunos giros que, si cambian la vida de un personaje célebre, podemos imaginar lo que puede hacer con la de los ciudadanos anónimos.

Viajar lento humaniza, enseña cosas de la globalización («que sirve el mismo café en todos lados»), permite ver lo que dejó en pie el viento

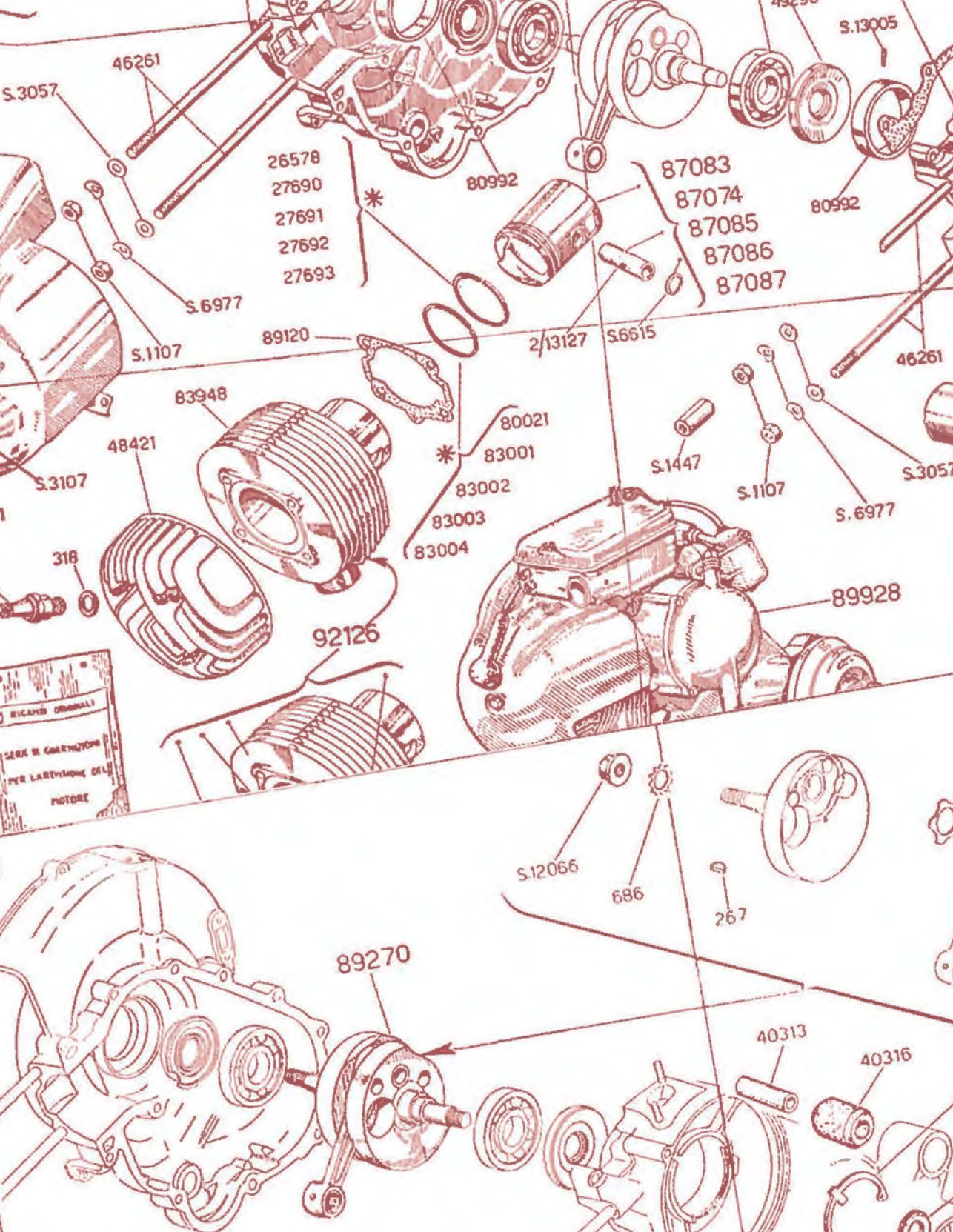
de la historia mientras el río, naturaleza andante, nos pone en nuestro lugar...

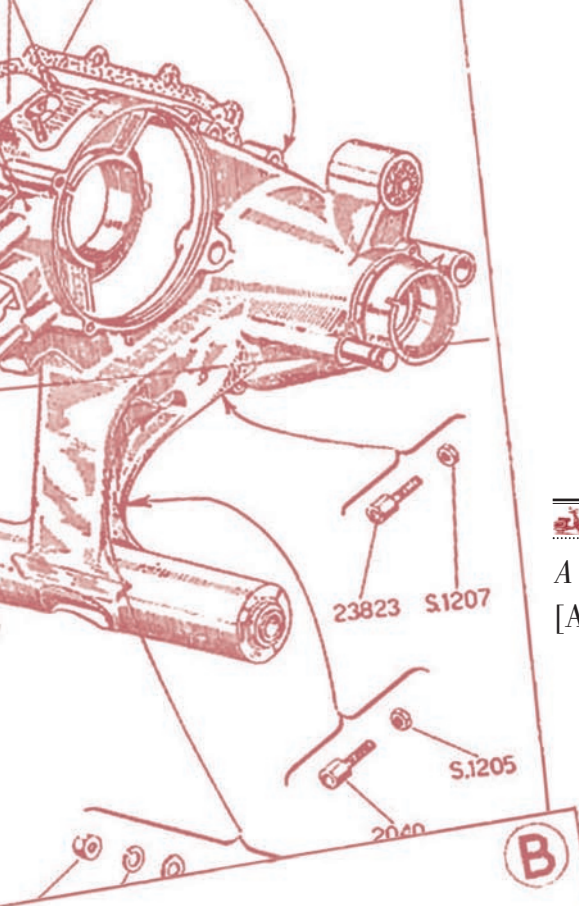
Los ríos no miran para atrás. «Tú que puedes, vuélvete», le dijo el Danubio a José Suárez, para seguir rememorando a Atahualpa. Pero Suárez no le tomó la palabra, sino que siguió su curso, como quien tiene una deuda con la historia, otra con la vida, que a los sesenta se empieza a antojar corta y, por supuesto, con el conocimiento y la curiosidad, que siempre nos están desafiando.

Hablando con los vecinos, escuchando el silencio en sus contemplaciones, analizando la idiosincrasia de cada país que cruza, de cada ciudad, este libro, mirado en perspectiva, habla de nuestras grandezas y miserias, los materiales que más resaltan cuando alargamos la mirada.

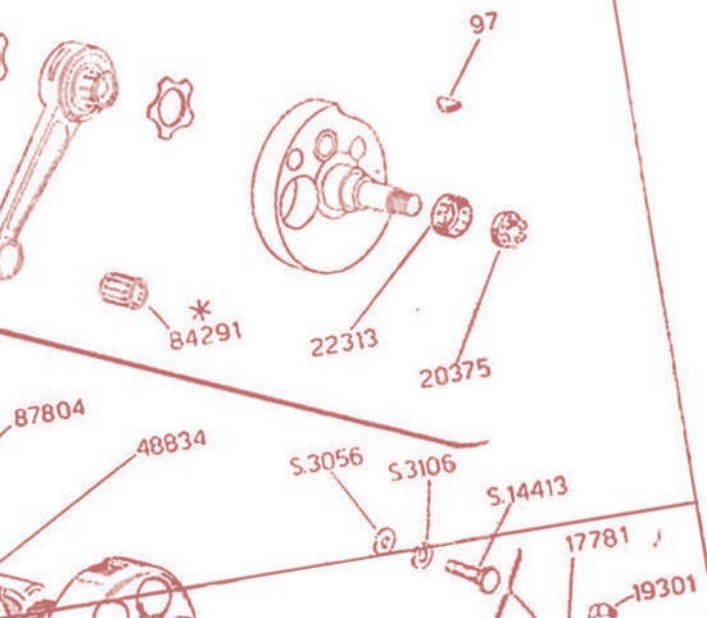
Súbase a la moto con Suárez y, distendido, disfrute de un viaje ameno e interesante.

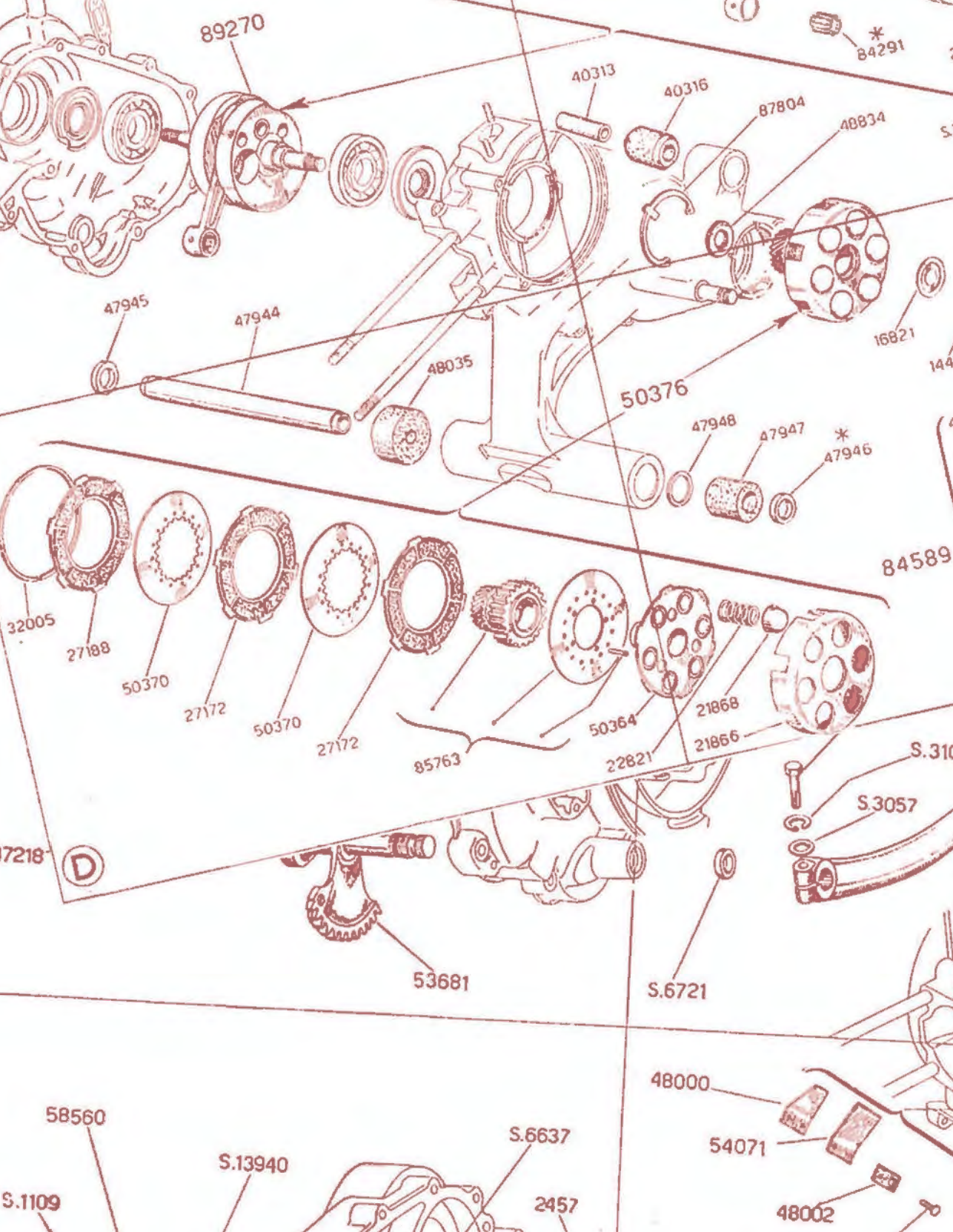
Le reconciliará con el sentido de la aventura de quien, curioseando, intenta ir sacándole capas a Europa, cebolla que sigue buscando un centro que le dé unidad y entidad ética para hacer sentir su voz. Este libro es una contribución a ello, porque nos enseña a mirar. Y a pensar.

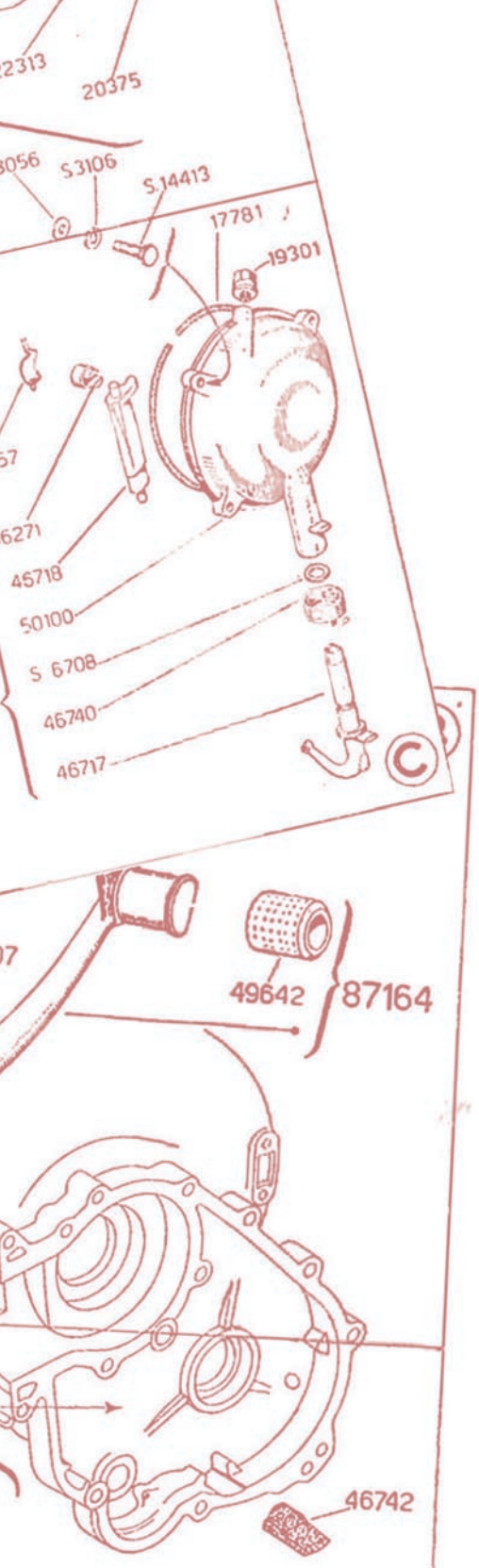




A los mios fiyos, Isabel y David y a so madre, Sara
[A mis hijos, David e Isabel, y a su madre, Sara]







The Asturians, like other sons of the mist, the Swiss and the Scots of the Highlands, are not afraid to fare far abroad in quest of a livelihood; yet they ever cherish the hope of returning to their mountains to die.

WILLIAM GEORGE CLARK (1821-1878)

[Los asturianos, como otros hijos de la niebla, suizos y escoceses de las tierras altas, no temen viajar lejos para ganarse la vida; sin embargo, siempre abrigan la esperanza de regresar a sus montañas para morir].



Distancia recorrida total:
3.700 kms.
12 países y 31 etapas







Para ilustrar esta edición se han utilizado varios archivos imprescindibles para complementar las fotografías realizadas por el autor a lo largo del viaje. Webs turísticas, páginas de hoteles y cafés míticos, de empresas constructoras, asociaciones de arquitectos, colecciones de postales antiguas, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América, municipios europeos deseosos de atraer viajeros... De entre todas las fuentes consultadas, destacan las distintas versiones de Wikipedia (sobre todo, España, Reino Unido y Alemania).

En todos los casos se ha intentado siempre
que ha sido posible, acreditar la
autoría de las imágenes.

Nota del autor

AZUL, **AMARILLO**, **DANUBIO** nace de la duda y de la preocupación. Cumplí sesenta años después de dirigir una empresa durante la pandemia. Fueron tiempos de decisiones imposibles, de subsistencia al límite. Salimos adelante, pero yo quedé tocado. Necesitaba parar. Pensar. Cambiar. Darme una segunda oportunidad con lo aprendido.

Pertenezco a una generación que tuvo la fortuna de vivir en democracia y en paz. También la de ser parte del sueño europeo. Hoy siento que Europa está en peligro. Me preocupan el deterioro de las libertades y la fragilidad de la idea europeísta frente a viejos y nuevos totalitarismos. Parecemos empeñados en repetir lo peor de nuestra historia y eso me resulta insoportable. Mis hijos heredarán las consecuencias de mostrarnos pasivos o de resistir.

Nunca me resultó fácil contarles a ellos mis inquietudes ni transmitirles mi querencia por la cultura humanista y liberal europea. Este libro es mi manera de ofrecerles respuestas —o preguntas— que quizá no puedan comprender hasta que tengan mi edad.

Claudio Magris me inspiró con su *Danubio*. Este libro es deudor suyo: del modo en que combina viaje, literatura, historia y reflexión. También de mi pasión por viajar —a menudo solo, a veces en Vespa—. Y de una devoción antigua por los escritores del Imperio Austrohúngaro como Joseph Roth, Stefan Zweig y Sándor Márai.

El río atraviesa el corazón de Europa. Sus orillas contemplaron imperios levantarse y desmoronarse. Fueron fronteras dibujadas con sangre y borradas con tratados. Ciudades que se erigieron en faros de cultura terminaron convertidas en ceniza. Y después, la reconstrucción. Siempre la reconstrucción. Seguir ese río es seguir nuestro devenir.

Dimití como CEO. Lo primero que hice fue emprender el viaje. Salí de Asturias hacia la Selva Negra, donde nace el Danubio, y lo seguí en Vespa hasta el mar Negro, donde desemboca en un delta que es orilla de una Ucrania en guerra. Allí donde los europeos nos lo jugamos todo.

Una de las sorpresas del camino fue descubrir vínculos insospechados y cercanos entre el río y mi pequeño país. Soldados romanos, monjes medievales, prisioneros de guerra o cardenales asturianos son parte de la crónica danubiana.

Lo que sigue es el relato de mi odisea: un recorrido íntimo por la memoria, la cultura y las preguntas que solo podemos responder con nuestros actos.

Un viaje solo tiene sentido si te cambia. Y este lo hizo.

PREFACIO

El entierro de Europa

CEMENTERIO DE THIAIS, PARÍS.

30 de mayo de 1939

Martes de Pentecostés

EUROPA FUE ENTERRADA el martes de Pentecostés de 1939 en el cementerio de Thiais. No lo sabíamos entonces, pero con Joseph Roth sepultábamos una civilización. La ceremonia la inició Friederike Zweig¹, quien, con gesto aristocrático y a petición del pretendiente Otón de Habsburgo², arrojó unas flores amarillas y un puñado de tierra sobre el ataúd mientras declamaba: «¡Para un fiel luchador por la monarquía, en nombre de Su Majestad!».

Su gesto provocó la reacción vehemente de Egon Kisch, quien también arrojó tierra y claveles rojos. «¡En nombre de tus colegas del SDS!»³, proclamó, mientras sus camaradas entonaban *La Internacional*. Dos curas conversos oficiaban un funeral católico deslucido, al tiempo que sus amigos judíos de Galitzia reclamaban un rabino que recitara el *Kaddish*.



Joseph Roth.

¹ Friederike Zweig, exesposa de Stefan Zweig (1882-1971).

² Otón de Habsburgo-Lorena (1912-2011), hijo del último emperador, Carlos I, y pretendiente al trono. Fue eurodiputado.

³ SDS (Schutzverband Deutscher Schriftsteller), asociación de escritores alemanes en el exilio.

Dos mundos, dos ideales, dos religiones, batallando por la memoria de quien había comprendido y escrito mejor que nadie las debilidades europeas. Tres viudas, Andrea Manga Bell, alemana de origen cubano;



Detalle de la tumba de Roth en el cementerio parisino de Thiais.

Sybil Rares, de la Bucovina, y Sonja Rosenblum, lituana, compartían los pésames de amigos, escritores, artistas, exiliados y apátridas.

Todos de paso por París, camino de cualquier sitio lejos de los nazis, quienes unos meses más tarde asesinarían en Linz a la viuda legítima, Friederike Reichler, gaseándola en aplicación de sus leyes eugenésicas.

En mitad de la ceremonia, un tren de mercancías pasó por la vía que bordeaba el cementerio, sumando humo, ruido y el silbato intermitente a la confusión del funeral. El ferrocarril, tan presente en la obra del difunto y en el imaginario del Imperio Austrohúngaro, no podía faltar a una despedida que, según apuntó Claudio Magris, parecía escrita por el propio Roth.

En aquella tarde soleada en la que soplaba el nordeste, derrotados de todas las batallas decían adiós a un amigo, a un escritor irrepetible y a una cierta idea de Europa que habitaba en la melancolía habsbúrgica de sus novelas⁴.

Hacía apenas un año que Hitler había entrado en Viena. Once semanas de su paseo en coche descubierto por Praga. Dos meses del fin de la II República española a manos de Franco. Siete meses de la Noche de los Cristales Rotos. Faltaban noventa y cuatro días para la invasión de Polonia y un año para que la cruz gamada ondeara en la Torre Eiffel.

Da vértigo pensar en ese momento y en la desolación de quienes rodeaban la tumba del escritor mientras veían derrumbarse el mundo en el que creían.

⁴ Para la descripción del entierro de Roth véase el libro de Keiron Pim, *Endless Flight. The Life of Joseph Roth*. Granta Books, 2022).

La borrachera final que colmó su vida vino de la mano del suicidio de su amigo Ernst Toller⁵, apenas unos días antes, el lunes 22 de mayo, en una habitación del Hotel Mayflower en Nueva York. Un nombre con resonancias históricas para quien su batalla final fue ayudar a las víctimas de la guerra española.

Juan Negrín, último presidente del Gobierno de la República derrotada, lo agradeció asistiendo al sepelio. También estuvo el Nobel Thomas Mann, cuyo hijo Klaus, al enterarse, comentó: «Ernst murió porque se dio cuenta de que no había retorno. Que no hay nuevo ni viejo país al que volver».

En 1949, el propio Klaus Mann siguió la estela de Roth, Toller y Zweig, seguramente angustiado por sentirse parte de aquel grupo de intelectuales al que se observaba en busca de unas respuestas de las que carecía.

En una de sus cartas postreras, el malogrado Toller sostenía que «estos tiempos necesitan personas que vean la realidad y, a pesar de ese conocimiento, no hayan perdido la fuerza para soñar»⁶.

La oración fúnebre⁷ que le dedicaría Stefan Zweig fue también una elegía por el continente que, a semejanza de él, había perdido ya la confianza en la victoria del Derecho sobre la violencia. Su amigo nos convenció de que la muerte de Roth fue en realidad un suicidio. Una autocombustión por asco ante un tiempo enloquecido e infame. Una



Ernst Toller (arriba), Erika y Klaus Mann.

⁵ Ernst Toller (1893-1939) fue un poeta, dramaturgo y político alemán de origen judío.

⁶ Toller, Ernst. *Una juventud en Alemania*. J. Olañeta Editor, Palma de Mallorca, 2022.

⁷ Zweig, Stefan. *El Legado de Europa*. Acantilado, Barcelona, 2016.

muestra de la pulsión autodestructiva que llevamos en el código genético de nuestra cultura.

El escritor se despidió al modo de su barón Trotta, saliendo el último del Café Lindhammer. Caminando sin rumbo, sin saber adónde ir, después de encontrar cerrada la Cripta de los Capuchinos, mientras resonaban las botas de los nazis avanzando por las calles de Viena.

La Francia donde lo estaban sepultando acabó siendo presa fácil de los alemanes. Y no solo por el fiasco de la Línea Maginot.

Fue el Pacto Ribbentrop-Mólotov entre nazis y soviéticos el que inmovilizó y convirtió en quintacolumnistas a muchos franceses de izquierda y derecha.

Duele ver cómo hoy volvemos a ver sombras parecidas a la de 1939. Cómo hay europeos que no entienden que la Ucrania actual es la Checoslovaquia o la Polonia de ayer. Conciudadanos que aplauden con fervor a Putin, Trump y Xi Jinping, una troika que solo busca nuestra sumisión.

La diferencia es que ahora ni siquiera podemos contar con el refugio americano. Si Estados Unidos abraza el autoritarismo o se autorepliega y nos da la espalda, quedaremos solos frente a nuestros demonios.

Seguimos padeciendo la maldición de Apolo, que nos deja sordos a las advertencias de las Casandras de nuestro tiempo. Como Roth lo fue en el suyo: «La Europa espiritual se rinde. Se rinde por debilidad, por pereza, por indiferencia, por inconsciencia. El futuro deberá precisar las razones de esta capitulación vergonzosa»⁸.

Él vio venir el horror y avisó. Lo sintió en carne propia cuando, siendo uno de los mejores escritores en lengua alemana, quemaron sus libros en la hoguera de la Bebelplatz, el 10 de mayo de 1933.

Aquellas páginas, ardiendo entre edificios icónicos de la cultura germana como la Ópera de Berlín, la Universidad Humboldt y la Catedral de Santa Eduvigis, preludiaron el infierno que venía.

Hoy, en el centro de esa misma plaza y a través de un suelo de cristal, podemos ver una estantería vacía que recuerda los huecos que dejaron

⁸ Joseph Roth. *Auto de Fe del Espíritu*. Pepitas de Calabaza, Logroño, 2017.



Los nazis, brazo en alto, queman libros en la Bebelplatz.

los libros quemados aquella noche. Para mí se trata de una visita imprescindible en la capital alemana. Un toque de atención con precisión minimalista para recordar la tragedia del siglo XX.

La historia amenaza con repetirse en este siglo XXI. Ucrania puede ser la ficha inicial del dominó que nos devuelva a la pesadilla de los años treinta. Podemos claudicar otra vez. Pero también podemos luchar por nuestra libertad.

Ochenta y tantos años después, mientras preparaba la Vespa para mi viaje por el Danubio, no podía dejar de pensar que aquel funeral representó un punto de inflexión. Un momento en el que los europeos se encontraban al borde del abismo. Como hoy.

Los misiles rusos caen sobre ciudades ucranianas mientras escribo estas líneas, y los enemigos de la sociedad abierta —los de afuera y los de adentro— trabajan para dismantlar lo que se construyó sobre las ruinas de la mitad inicial del siglo pasado.

Veo cómo se tambalean la democracia liberal y la tolerancia ilustrada. Valores que son parte de mi manera de estar en el mundo, de entenderlo y de disfrutarlo.

Estoy ya en un momento en que la vida deja de ser promesa para convertirse en balance y siento la urgencia de entender qué nos está pasando. Ya no conservo el tiempo infinito de la juventud ni la certeza militante de la madurez. Lo que tengo es la inquietud de quien contempla repetirse los errores y siente la necesidad de dejar testimonio. Sobre todo a mis hijos, que desconocen el pasado e ignoran el peligro.

Al seguir el curso del río que atraviesa Europa, no busco solo paisajes, monumentos o experiencias. Voy a comprobar si queda algo de aquel mundo que enterraron en Thiais.

El Nalón, que cruzo cada día, es un afluente invisible del Danubio. Porque todos los ríos desembocan en la misma historia. Ser asturiano es mi manera de ser europeo, igual que Roth fue europeo siendo galitziano. Resulta imposible entender Asturias sin Europa, como entender Europa sin sus pequeñas y viejas patrias.

Viajo para tirar de ese hilo de Ariadna que cose nuestra identidad. Quiero retornar a las raíces porque solo reconociéndonos en ellas vamos a tener el coraje necesario para ganar la batalla de la supervivencia. Como ocurrió entre 1939 y 1945.

✂ *Todos los viajes tienen un primer paso y un motivo primigenio* ✂

(El almanaque de Europa me recuerda que el 30 de mayo de 1431 quemaron en la hoguera a Juana de Arco por travestismo y herejía)

El viaje





Imagen antigua procedente del archivo de la Sociedad Protectora de la Balesguida.

La Balesquida



UVIÉU-OVIEDO

7 de junio

Martes de Pentecostés

MARTES DE CAMPO. En *Uviéu* celebramos la Balesquida. Fresco y húmedo, el *Nordés*¹ despereza a la heroica ciudad para comenzar el rito con el que cada año, desde 1232, evocamos a una cofradía de sastres que debe de ser la más antigua de Europa. Ayer, lunes de Pentecostés, fue festivo en casi todo el continente, incluido Estrasburgo, adonde llegaré esta tarde. A fin de cuentas, uno más de los hilos invisibles que unen a los europeos en un bordado sutil que no advertimos hasta que examinamos el reverso del tapiz. Y es hora de hacerlo.

No alcanzaré a disfrutar del *bolllu preñáu* con chorizo y la botella de vino en el Campo de San Francisco. Esta versión irreverente, festiva y laica de la Eucaristía, celebrada desde el siglo XIII, encierra sin saberlo el eco de una civilización que sobrevive porque recuerda. No se trata solo de pan y vino: es una liturgia de la identidad.

La memoria colectiva habita en las costumbres que no necesitan explicarse, pero sí repetirse. Otras se pierden. Como en esta Balesquida, cuya procesión original llegaba hasta la ermita de Santa Ana de Mexide, tres kilómetros cuesta arriba. La trama urbana y la pereza contemporáneas la

¹ En asturiano, viento del nordeste.

han reconvertido en una romería que se festeja en la cercana huerta de los franciscanos.

El origen remoto de esta fiesta es el *Shavuot* judío, que celebra la entrega de las Tablas de la Ley a Moisés. Las iglesias cristianas recuerdan la venida del Espíritu Santo con sus siete dones y doce frutos. Todos ellos de alguna forma alineados con la moda actual del autoconocimiento y el *mindfulness*. Se antoja llamativo que sus practicantes se encuentren tan desconectados de la propia tradición espiritual de Occidente.

La palabra «Pentecostés» viene del griego *pentékosté* (πεντηκοστή). La fiesta cristaliza las tradiciones judía, griega y cristiana. ¿Cuántos saben que Europa es una rotunda donde confluyen las calzadas y valores que vienen de Jerusalén, de Atenas y de Roma? Esa ignorancia, ese olvido, se ha vuelto el principal riesgo para la permanencia de nuestra civilización y nuestras libertades.

Joseph Roth fue enterrado en un martes de campo, y en otro martes también de campo salgo de Oviedo hacia el Danubio. La coincidencia es intencionada: Pentecostés no simboliza solo el don de lenguas, celebra el momento mítico en que la diversidad se volvió comprensible sin perder su esencia. Justo el milagro que necesitamos ahora.

Roth murió sin patria, exiliado de un mundo que ya no existía. Yo salgo de una capital que, como tantas otras, fue devastada y volvió a levantarse. Nuestra capacidad de recomponernos se convierte en el anhelo que nos queda.

El eco de mis pasos me acompaña mientras rodeo el monasterio de Les Pelayes, camino de la catedral. Me siento nervioso. Llevo treinta años viajando alrededor del mundo por razones laborales y la inquietud continúa acompañándome en la hora de la partida. Repasar varias veces la lista del equipaje y los horarios de los vuelos forma ya parte del ritual. Es un toc inevitable.

Lo distinto en esta ocasión reside en que quiero aprovechar el privilegio de poder empezar mi viaje desde donde el rey asturiano Alfonso II el Casto inauguró hacia el oeste el Camino de Santiago. Y desde aquí

El autor ante la estatua de Alfonso II en la catedral de Oviedo.



también envió a sus embajadores hacia el norte, hacia la corte de Carlomagno.

No fuimos el reino que resistió al Islam para reconquistar, hacia el sur, una España aún inexistente. Fuimos los que buscamos, al norte, nuestro lugar en una Europa cristiana. Ahí se halla la memoria que quiero recuperar.

El reino de Asturias, Carlomagno y el Camino Jacobeo, tres piedras angulares del Occidente primigenio insertadas en los muros de San Salvador. Cuenta el historiador Juan Uría² que aquellos peregrinos medievales proclamaban que «*Qui va a Saint Jacques et non au Sauveur, visite le serviteur et laisse le Seigneur*»³.

Siempre pensé que la frase fue una ingeniosa acción de *marketing* del cabildo ovetense. Nada extraño, si consideramos que algunos de sus clérigos fueron pioneros en manipular documentos, siempre en beneficio de la curia.

Todos estos puntos que conectan entre sí me animaron a empezar hoy, y desde el sitio primigenio, la peregrinación por el río Danubio. Llegaré hasta su desembocadura en Sulina, el otro *finis terrae* en el lejano mar Negro.

Y viajaré en una Vespa de 125 centímetros cúbicos. Pienso que una moto ligera como la mía humaniza el viaje. Pone el paisaje y el territorio a una escala más humana, a una velocidad más tranquila y asequible. Más apropiada para detenerse, disfrutar y reflexionar. Te hace sentirte más vulnerable y, por tanto, más cuidadoso. Obliga también a llevar solo lo imprescindible. Elegir lo poco que cargar fue el primer desafío. Llevo para mes y medio la mitad de lo que solía meter en una maleta para una semana. Aprendí que podemos vivir con una fracción de lo que cargamos a nuestro alrededor.

La moto ha ido por delante de mí, en un camión hasta Estrasburgo. Me la recogieron hace unos días. Hay mucho motero y los servicios de este

² Uría Riu, Juan. *Las peregrinaciones a Santiago y San Salvador*. KRK, Oviedo, 2006.

³ «Quien va a Santiago y no al Salvador, visita al siervo y deja al Señor».



Grabado de Estrasburgo realizado por V. A. Malt-Brown y publicado en 1884 en *La Francia ilustrada: geografía, historia, administración estadística*.

tipo se encuentran muy extendidos. Cuando le conté el plan al transportista, pensó que estaba loco. Que era poco vehículo para tanto trayecto.

Mi Vespa es azul, como el Danubio del vals de Strauss, no como el río verdadero, más bien turbio. Como las tres banderas que llevo en pegatinas —la europea, la asturiana y la ucraniana—, las tres azules y amarillas. Azul, amarillo, Danubio: esos serán los colores de mi doble periplo, el interior y el fluvial.

Atravesaré países en los que rebrota la pulsión autoritaria. Esta catedral, desde la que hoy inicio mi aventura, deviene en símbolo de una ciudad castigada por la violencia del siglo XX, pues la barbarie no nos queda tan lejos. Mi padre ya era un adolescente cuando la catedral fue dinamitada en 1934 y bombardeada en 1937, por encontrarse en el medio de las dos Españas machadianas que han de helarte el corazón.

La doble destrucción de Oviedo resultó espantosa. Me molesta ese papanatismo local que ignora el martirio propio y pondera el sufrimiento

menor de otros que, eso sí, armaron una crónica más efectista. Deberían leer a Josep Pla o a Manuel Chaves Nogales⁴ para encontrarse con adjetivos que luego se reservarían para Varsovia, Guernica o Colonia.

Uno de mis propósitos consiste en enfrentar la desmemoria, también la propia, en un itinerario que circulará por las entrañas de nuestra historia.



Postal antigua que da testimonio de la destrucción del patio central de la Universidad de Oviedo en 1934.

Desde donde estoy, veo el edificio histórico de la universidad. Los revolucionarios comunistas y socialistas lo destruyeron e incendiaron en octubre de 1934. Los falangistas y fascistas fusilaron a su rector, Leopoldo García-Alas⁵, en febrero de 1937.

No es casualidad: los totalitarismos que surgen cíclicamente coinciden en la predilección por asesinar la cultura y las ideas.

Una centuria después, cada bando continúa señalando los crímenes del otro y olvidando los propios, mientras nos arrastran a una polarización que demoniza a quien piensa diferente.

Es lo que hay, aunque no guste oírlo. Pero, mientras no asumamos que todos los tiranos odian la inteligencia y desprecian el pensamiento independiente, seguiremos siendo vulnerables a que la historia se repita. Porque su objetivo es ganar la batalla cultural, aplastar la voz de quienes puedan cuestionarlos.

Oviedo, en fin, comparte esta dolorosa vivencia histórica con otras capitales que visitaré, como Viena, Budapest o Belgrado.

Así que, con el ánimo tocado por estos pensamientos, voy hacia la baldosa que marca el inicio del Camino Primitivo para el ritual de dar el

⁴ Chaves Nogales, Manuel; Díaz Fernández, José; Pla, Josep. *Tres periodistas en la revolución de Asturias*. Libros del Asteroide, Barcelona, 2017.

⁵ Leopoldo García-Alas García-Argüelles (1883-1937) fue jurista, profesor universitario y político.

primer paso del mío. A lo lejos, suena una banda de gaitas interpretando la *Marcha de mayo*. Un buen augurio. Una palmada cómplice que me anima a iniciar la odisea.

La Real Academia dice que «despedir» significa acompañar durante algún rato por obsequio a quien emprende un viaje. Me despedido tomando un café en La Belmontina, un bar casi del tiempo de la catedral. Pienso que hay cosas en la vida que deben hacerse en solitario. Y esta es una de ellas.

El frío me despeja cuando bajo por la calle del Águila hacia el taxi que me espera para llevarme hasta el aeropuerto. Por esta misma vía pasaban los gascones que hacían el itinerario en sentido contrario al mío.

Ya en el coche, caigo en la cuenta de que hacía casi cuarenta años que no me había dado el lujo de tener más de un mes por delante para mí solo.

La última vez era un veinteañero que todavía creía que el tiempo era infinito. Entre la felicidad de poder hacerlo y el pesar de no haberlo hecho antes, la sensación me agobia un poco. Cuatro décadas en piloto automático, posponiendo este diálogo, siendo siempre quien se esperaba que fuera. Como Europa, que lleva tiempo evitando mirarse al espejo.

Al ver lo extraño del equipaje —una mochila y dos alforjas—, el conductor me pregunta adónde voy. ¿Cómo explicar que uno va a ajustar cuentas con el tiempo perdido? La vida pasa, nos pasa por encima, y cuando queremos darnos cuenta nos hallamos en un taxi, rumbo a un viaje que debimos hacer cuando todavía no sabíamos que era necesario.



Vieja postal de gaiteros asturianos preparándose para el baile.

El taxista es argentino. Le cuento que voy a dar una vuelta en Vespa de 4.000 kilómetros siguiendo un río a través de diez o doce países. Me pregunta si voy solo y se santigua cuando le contesto que sí. «Eso es igual que hacer la Ruta 40 de la Patagonia», añade. Le cuesta creerme cuando digo que también la recorrí, pero en coche. De hecho, tengo que nombrarle media docena de etapas de la ruta austral para convencerle. Cuando por fin me deja en la terminal, me desea suerte con un inesperado apretón de manos.

Cumpliré sesenta años en la ruta. Como decía el Adriano de Marguerite Yourcenar, llegaré a la edad en que la vida, para cualquier hombre, es una derrota aceptada. Cuando nací, la esperanza de vida media era de cincuenta y tres años. Para los hombres nacidos en mi tierra, era poco más de la que ahora tengo.

Ya me despedí de suficientes personas queridas como para agradecer el hecho de poder seguir en la carrera y entender esta prórroga como una segunda oportunidad sobre la tierra. Reflexionar sobre ello es otra de las razones para peregrinar por el Danubio. Siempre entre el sueño y la pesadilla. Como la vida, como esta Europa capaz de lo mejor y lo peor del ser humano. Yo me quedo con la Europa del sueño. La que no se deja seducir ni por el individualismo extremo de unos ni por el colectivismo unificador de otros. Eso sí, también hay que reconocer nuestras debilidades. Como el envejecimiento y las dudas sobre cómo gestionar la necesaria inmigración. Y, por supuesto, la incapacidad para defendernos.



Cubierta de la partitura original de *El Danubio azul*, de Johann Strauss.

Una vez más estamos ante la pregunta que formuló Thomas Mann cuando los nazis llegaron al poder: «¿Son eternos y universales los valores

clásicos europeos, o son temporales y están atados a un episodio de la historia de la humanidad?»⁶.

Tal fragilidad fue la que captó Joseph Roth con precisión cuando nos mostró al anciano emperador Francisco José sosteniendo con su figura endeble todo un mundo condenado a desaparecer.

Todo esto es lo que quiero entender mientras atravieso el territorio a la vera del río, desde sus fuentes hasta la desembocadura, siguiendo un curso que ha sido testigo de nuestro devenir.

La aventura empieza con el fastidio del control de seguridad. Más pesado de lo habitual, dada mi impedimenta. Un recordatorio de que lo prosaico forma parte de nuestras vidas, incluso de los momentos que tratamos de sublimar.

Por delante me esperan el camino y el río. No sé lo que me encontraré. Pero sí sé que al regresar, no volveré siendo el mismo. ¡*Ultreia!*⁷



El emperador Francisco José retratado por Hermann Wassmuth.

✂ *El viaje incluye el retorno, si bien de una peregrinación
nadie regresa siendo el mismo* ✂

*(El almanaque de Europa me recuerda que, el 7 de junio de 1494,
Castilla y Portugal se repartieron el nuevo mundo
en el Tratado de Tordesillas)*

⁶ Cita extraída del libro de Rob Riemen *Para combatir esta era*. Penguin Random House, Barcelona, 2017.

⁷ Expresión de ánimo entre los peregrinos del Camino de Santiago. En latín: «¡Más allá vamos!».



La capital de Europa

ESTRASBURGO | STRASBOURG | STROSSBURI | STRASSBURG

8 de junio

San Clodulfo de Metz¹

ELEGÍ ESTRASBURGO como punto de salida porque se halla a una hora y media en moto de las fuentes del Danubio. Su trayectoria francoalemana, punteada de guerras y tratados, delineó el mapa que nos tocó vivir. Y aquí se reúne el Parlamento Europeo, la única institución continental que votamos de forma directa. Estrasburgo se erige en el punto de partida natural para este viaje por el alma de Europa.

La mañana amanece húmeda y rezo para que la lluvia no arruine mi andadura. Aterricé anoche. Una escala con demora de cuatro horas me dejó el tiempo justo para dormir en una cama extraña, en la que nunca descansas igual que en la propia. Me pasé una vida cruzando el Atlántico sin *jet lag* y ahora me crujen las costuras cuando duermo un poco de menos. Debe de ser el peaje por llegar al sexto piso.

Mientras esperaba en la agencia a la Vespa traída desde Asturias, me entraron las dudas. ¿Me estaré equivocando? ¿No seré demasiado mayor para este delirio? ¿Y si lo que busco ya no existe? Pero cuarenta años trazando mapas son un buen prólogo para una aventura en la que me pongo navegar sin ellos.

¹ Santo del siglo VII. Obispo de Metz y consejero de los reyes merovingios.

La moto llegó con retraso. Otra señal de que el control es una ilusión. Por más que lo intento, sigo sin dejar de querer dirigirlo todo. El clima de hoy y los retrasos son una lección inicial muy aprovechable. No se encuentra en mi mano solucionarlos. Pero saber que debes soltar no significa que sepas cómo.

Recogí la Vespa directamente del camión. Me la bajaron a la calle y comprobé si encendía y todo estaba en orden. Caían cuatro gotas y me supuso todo un desafío lograr mantener el equilibrio por las calles estrechas que desembocaban en el Parlamento.

Y allí, en la puerta, tropiezo con nuestro mito fundacional: Europa montando a Zeus transmutado en toro. Esta vez el escultor griego Nikos Sotiriadis (1959-2015) moldea a la princesa raptada con los brazos abiertos, dando la bienvenida y ofreciendo refugio.

Leí una vez que la clave se halla en elegir el sentido de la palabra «rapto» y no interpretarla como secuestro violento, sino con el significado de «impulso y acción de arrebatarse». A mí no me cuesta dejarme seducir por la idea de Europa. Pero parece que cada vez somos menos los arrebatados. No en vano tengo ya una edad que me permitió sentir la zozobra y el sabor metálico del miedo en las aduanas. Especialmente en el telón de acero, con los reflectores, los perros y los guardianes buscando fugitivos en los huecos más inverosímiles. También me siento agradecido por lo que supuso para mi generación integrarnos en la casa común. Arrebatarse por todo ello es lo menos que podemos hacer.

Jonás Fernández, el único eurodiputado de mi país, me esperaba en la entrada. Discreto y reflexivo, transita por estos pasillos con una mezcla de pudor aldeano y sentido de responsabilidad histórica. Me presenta a algunos de sus conocidos y tomamos un café en un bar tan perfecto y previsible como todo el edificio. La luz, la decoración, la temperatura—incluso el ruido amortiguado—lo convierten en un quirófano enorme de metal y cristal. Mientras vamos hacia el hemiciclo, me cuenta que acaba de regresar de Moldavia.

Allí ayudó a evacuar a Nicole, una niña de doce años: mochila rosa y ojos azules que preguntan lo que no sabemos responder. Doce años. Hay



En Estrasburgo,
con el eurodiputado
Jonás Fernández.

edades que duelen. Nicole son todos los ucranianos refugiados entre nosotros, en su diáspora silenciosa. No nos demandan, cuando deberían hacerlo. Ellos están poniendo los muertos, la destrucción y el exilio mientras defienden la frontera de lo que somos. Nosotros llegamos tarde y con requisitos. Nicole necesita un abrazo y en cambio le damos un proceso. Lo que debería haber sido un acto humanitario elemental se convirtió en una odisea kafkiana. Ni siquiera un eurodiputado puede evitar la complejidad de una gestión tan sencilla. En el frente, donde la vida y la muerte no esperan, la burocracia, imperturbable, sigue exigiendo papeles.

Jonás contó, con cierto orgullo, que este Parlamento forma parte de los pocos que funcionan a la manera clásica. La ausencia de disciplina de partido o estatal lo vuelve más dinámico, lo cual le permite alianzas impensables para defender los intereses de Asturias. Cuando pregunté por el coste, me respondió que la institución, con toda su complejidad y burocracia, le cuesta a cada ciudadano unos cinco euros al año.

Barato me parece. El precio de una consumición para que haya alguien —al menos alguien— que represente no solo los intereses nacionales y de los *lobbies*, sino la promesa de la convivencia y de los valores

más allá de las banderas que ondean detrás de la escultura de Sotiriadis.

No era mi primera visita al edificio Winston Churchill, uno de los varios que componen el Parlamento. Tiempo atrás estuve invitado por Marco Pannella². Su muerte en 2016 me dolió como la de un maestro fundamental. Me decía, en su italiano trufado de palabras inglesas: «Arias —así me llamaba— *remember, la libertà nasce dal ris-*



Entrada al edificio Winston Churchill en una foto de la Unión Europea fechada en 2019.

² Marco Pannella (1930-2016), eurodiputado líder del Partido Radical Italiano.

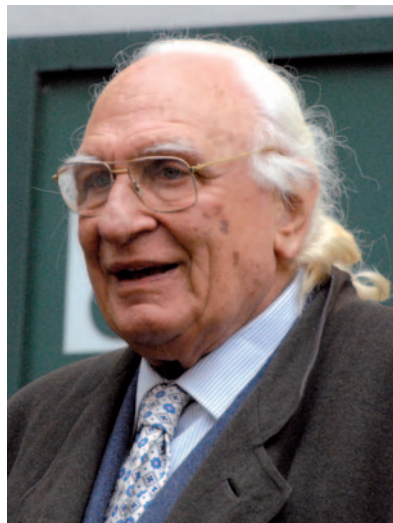
petto della parola, dalla tutela della vita del diritto per il diritto alla vita»³.

Pannella me ayudó a comprender el valor profundo de la democracia liberal. A desconfiar del Estado y a poner por delante los derechos civiles, la libertad de conciencia y la autonomía individual. Hoy, recordándolo aquí, siento una gratitud infinita. Su magisterio está en la raíz de este viaje.

Al salir me quedé examinando la escultura, casi interrogándola. Reflexioné sobre la fragilidad de Nicole frente al toro legendario, buscando refugio en un continente que la mira pero no la abraza, sobre las veces en que Europa fue rapada por sus propios demonios: el totalitarismo, la guerra, el odio tribal disfrazado de identidad religiosa o nacional. Los europeos tenemos una asombrosa capacidad para reinventarnos, pasando de la barbarie a la ilustración, del campo de batalla a la mesa de diálogo.

Estrasburgo es la capital perfecta para una Unión que se empeña en sobrevivir a toda costa. Ciudad de frontera, respira en dos idiomas, mira en dos direcciones, late en dos historias que ya no guerrear, sino que se complementan. Strasbourg en francés, Straßburg en alemán, Strossburi en alsaciano. Tres nombres, una sola ciudad. Una rareza, que debería ser la norma. Porque Europa es coexistencia y pluralidad. Como esta ciudad que se pronuncia en todas sus lenguas sin silenciar ninguna.

Necesitaba respirar, así que cogí la Vespa y siguiendo al río Ill llegué a la parte vieja. Piedras romanas, vigas medievales, puentes que hablaron alemán y francés durante siglos. Canales que rodean la Petite France y reflejan en el agua inmóvil las casas, que se contemplan a sí mismas duplicadas e invertidas.



Marco Pannella en 2010.

³ «La libertad nace del respeto por la palabra, de la protección de la vida, del derecho por el derecho a la vida».

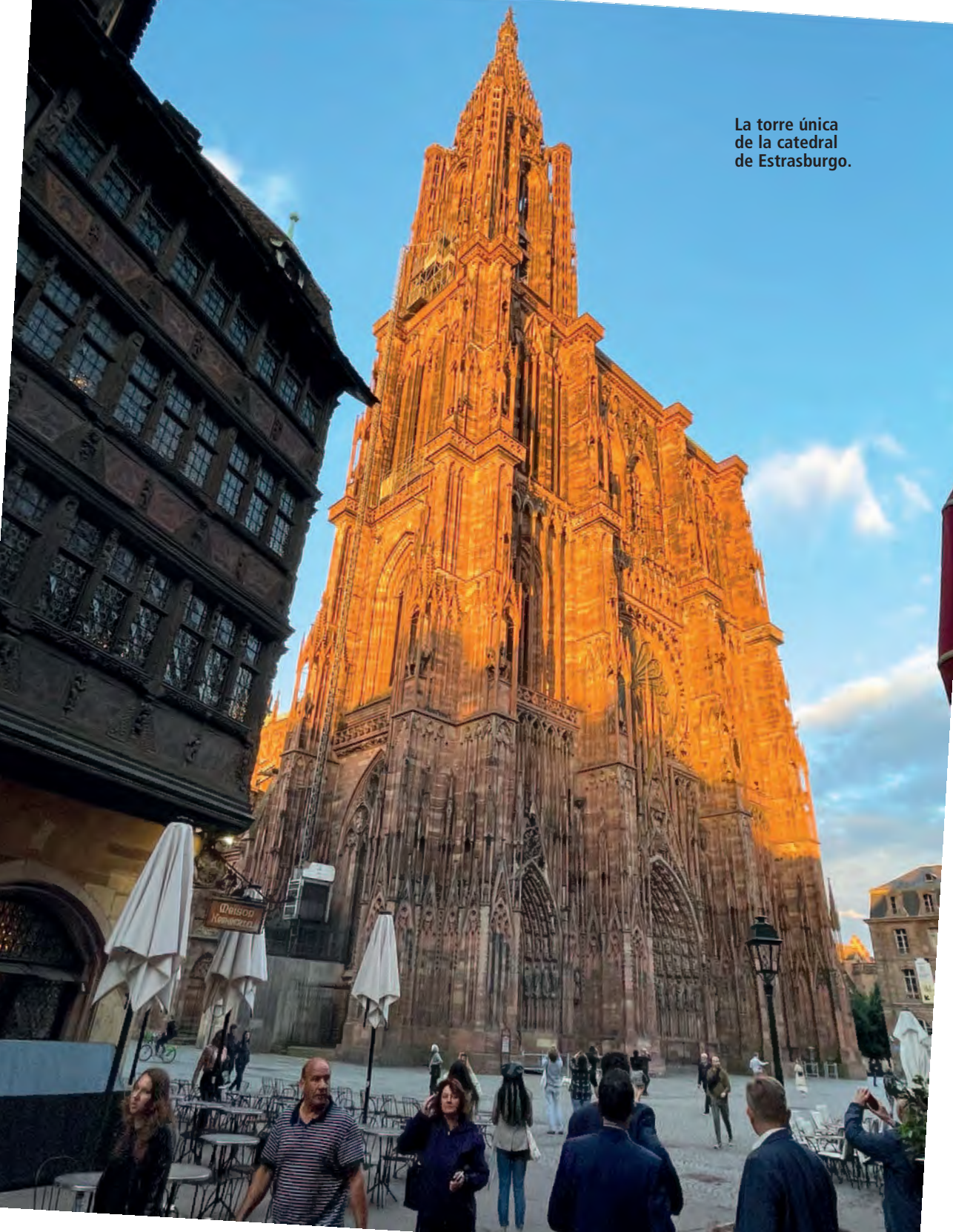
Huele a agua lenta, a madera empapada, a chucrut fermentando en alguna cocina escondida. El chapoteo sordo del canal recuerda los pasos rítmicos de todos los soldados que lo cruzaron, en un interminable toma y daca.

Allí reina la Notre Dame: una sola torre, igual que la nuestra en Oviedo. Incompletas ambas. Perfectas en su imperfección. Esta impresión. Fue durante siglos el edificio europeo más alto. Desde su altura, física e histórica, nos recuerda que ser europeo es una forma de mirar el mundo. Lo sabían bien los terroristas islámicos que en 2001 fueron detenidos cuando preparaban un atentado en medio del mercado navideño de la ciudad. Nuestros enemigos saben que estos símbolos importan. Por eso los quieren destruir.



El río Ill a su paso por la parte vieja de Estrasburgo, agua lenta y madera empapada.

La torre única
de la catedral
de Estrasburgo.



Esta catedral, francesa y alemana, testimonia que, detrás del horror, vino el aprendizaje. Hoy somos muchos los que confiamos en que el eje francoalemán vuelva a ser el corazón de una Europa que tendrá que valerse



Las vidrieras desde el interior de la catedral.

por sí misma. Enfrente tenemos a Rusia, que ya no es vecina, sino amenaza. Y al socio americano, que ya no es el amigo tan fiable de antes.

En una de las calles aledañas compré un sombrero, una cantimplora con termo para mantener el agua fría y una navaja suiza con cubiertos para completar el menaje de la expedición.

Ya casi de noche, en una plaza recogida, casi minúscula, entre la catedral y la estatua de Gutenberg, me senté bajo un tilo solitario, un rincón donde todavía las campanas pueden más que la bulla de los turistas. Reconocí el árbol antes de sentarme. Una *tilar*⁴, idéntica a la que plantó mi abuelo delante de la casa

donde nací, en Felechosa. Acaricié el tronco con la mano. La misma corteza. El mismo tacto. La misma sombra protectora y familiar de siempre. Allí sigue viendo pasar el tiempo. Estoy seguro de que el paisano lo plantó sabiendo que le sobreviviría. Y yo, ahora, bajo otra *tilar*, a punto de cruzar el continente en una Vespa azul. El destino parecía haberme reservado aquel banco para recordarme de dónde vengo y hacia dónde voy.

Me permití pensar que en esa plaza se encontraron Goethe y Herder en 1770. No está lejos de la pensión que compartían. Jóvenes entonces, aún lejos de sus grandes obras, pero ya impregnados de esa fiebre romántica

⁴ Tilo, en lengua asturiana.

que daría forma a una nueva sensibilidad. Tal vez allí empezó a perfilarse el respeto por la diversidad y el aprecio por lo propio del romanticismo.

El añoso tilo de la plaza sigue ofreciendo sombra y cobijo a quienes se sientan bajo sus ramas. El río que me espera fluye con iguales contradicciones a las que yo arrastro. Además de recorrer países, transita pasados oscuros y futuros por diseñar. Por ello merece ser seguido hasta su desembocadura.

Terminé el día buscando un sitio genuino para cenar. Se trata de mi peculiar batalla contra la uniformidad que nos encoge. Descifrar un menú en la pizarra, señalar con timidez el plato humeante del vecino de mesa y arriesgarse con sabores desconocidos, son parte del combate que distingue al viajero del turista. El lugar te revela sus secretos en el vino o la cerveza de la comarca y en el guiso que ningún algoritmo te recomendaría. La globalización nos ofrece la certeza innecesaria de encontrar el mismo café en todas partes.

Viajar exige resistirse a la plaga de franquicias y tiendas idénticas que empobrecen los centros históricos, volviéndolos parques temáticos monocordes. Buscar lo auténtico es lo que de verdad te saca de casa y de lo que ya conoces.

Caminé solo por calles desiertas y frías. Vi mi reflejo en un escaparate: un tipo con chaqueta vaquera, mochila y pinta de turista ilustrado, jugando a ser viajero. Alguien de sesenta años dando esquinazo a una vida que ya no le emociona. ¿Disfrazando su crisis existencial de peregrinación por el Danubio?



Los poetas alemanes Goethe, Schiller, Wieland, Klopstock, Lessing y Herder.

Quizá en las fuentes del río, o cuando el cuerpo empiece a quejarse, o con la soledad apretando en la *puszta* húngara, sabré si esto va en serio o es un capricho caro de clase media envejecida. De momento, me escuchaba inquieto. Hacía frío, parecía que iba a llover y no era ese el tiempo que yo esperaba para la partida. Espanté las dudas aferrándome a que ya estaba allí y por la mañana me levantaría para seguir el plan.

Cavilando estas cosas encontré un restaurante discreto, a mi gusto. Cené una *flammkuchen* de cebolla y tocino, fina y crujiente, que se deshacía en la boca. La acompañé de una botella de Riesling frío que me iluminó la noche. El calor y el ruido del bar, el vino y el momento me animaron más a pasear y pensar que a buscar conversaciones ocasionales.

Esta víspera, en las calles donde te responden en tres lenguas, sentí el vértigo que da empezar algo que no sabes cómo va a terminar. Solo sé que debo fluir, como el río a cuya cabecera acudiré mañana. Ese río que tiene tantos nombres como países por los que atraviesa.

✂ *El viaje se multiplica cuando tienes la fortuna de conocer
y sentir los contextos* ✂

*(El almanaque de Europa me recuerda que el 8 de junio de 1949,
George Orwell publicó su premonitoria 1984)*

Las fuentes del Danubio

9 de junio

San Columba de Iona¹

LA APP DEL TIEMPO anunciaba lluvia a partir del mediodía, de modo que salí temprano de Estrasburgo, con la esperanza de llegar seco a la primera fuente del Danubio, porque nace de dos manantiales. Esta dualidad es signo de que río y continente se confunden. Comparten orígenes inciertos y múltiples.

Amaneció gris, con una niebla terca que me empapaba el cortavientos. La Vespa relucía bajo una lámina cristalina de agua. Crucé despacio el Rin hacia Kehl, por el puente de Europa.

A mi izquierda, el traqueteo de un tranvía sobre el otro puente —Beatus Rhenanus: el nombre del editor de Erasmo— ponía música a mi salida. Todo aquí, mientras atravieso el cauce que separa a Francia de Alemania, rezuma guiños al europeísmo.

Empezaba una travesía de 4.000 kilómetros abierto a la aventura, a la incertidumbre y a lo ignoto. Ligero de equipaje sobre la motocicleta. Sobrecargado de historia e historias en la cabeza, con la exclusiva intención de disfrutarlo y aprender. No me resulta fácil expresar la emoción que sentí por lo dejado atrás, por lo que se abría ante mí.

¹ Monje irlandés del siglo VI, figura clave de la iglesia celta.

Cruzar el Rin no es cualquier cosa. Aquí, en la Selva Negra, el alma alemana se bifurca como sus aguas. Unas, las del Rin, van al mar del Norte: metódicas, industriales, protestantes. Y otras, las nuestras, van al mar Negro: barrocas, turbulentas, multiculturales. Esta división no es solo hidrológica: se vuelve espiritual.

El Rin es el río de la Germania que se repliega en su orden y disciplina. En el rumor de sus aguas hay ecos de Sigfrido y la fidelidad nibelunga. El Danubio, en cambio, es la corriente mestiza, hija del Imperio, que invita al otro y lo incorpora. Sus aguas son las que cruzan los bárbaros para tras-tocar la identidad germánica al final del *Cantar de los Nibelungos*.

El desgarró entre el deber hacer y el querer ser se halla también en la duda interior que siento y que me ha traído a este viaje. Cruzar el Rin fue el primer acto consciente de un periplo hacia el este en el que no busco elegir sino comprender.

Dejé atrás Alsacia y la ruta me fue adentrando sin darme cuenta en un inesperado universo rural. En apenas una hora recorrí una carretera que parecía pedir permiso entre tierras cultivadas, paisajes cuidados y pasarelas de madera a la orilla de poblaciones como Offenburg, Hergentbach, Biberach... Los pueblos tienen vida, laten, en contraste con el vacío inerte de mi Asturias rural que tanto me duele.

Siento un placer difícil de explicar: círculo despacio, entre verdes y ocres, bajo este mediodía nuboso, que intenta retener la luz. Europa no se define solo como urbana, también es campo. O mejor dicho, resulta incomprensible sin su alma campesina.

En ese paisaje me vino a la memoria John Berger, quien, además de enseñarnos a mirar el arte, escribió con lucidez sobre el mundo rural. Nos habló de lo agrario como una cosmovisión donde el tiempo es cíclico y las relaciones tienen memoria. Leyéndole en la trilogía *De sus fatigas*² entendí por qué me dolían el ocaso de los maizales o el silencio de los cencerros. Soy testigo de la extinción de un mundo y una cultura que habían sido los de mis antepasados. Pero ya no lo serán de mis hijos.

² John Berger. Trilogía *De sus fatigas*. Punto de Lectura, 2018.



Cosecha de heno en Éragny (1887), de Camille Pissarro.

Recuerdo una exposición de Van Gogh donde colgaron cuadros de pintores coetáneos dialogando sobre las faenas del campo. Me sorprendió ver cómo la recogida de la hierba en el Brabante del siglo XIX era igual a la que alcancé a conocer en mi tierra natal, a miles de kilómetros.

¿Será que el declive que tanto nos inquieta empezó cuando dejamos de escuchar, de entender y de honrar la lógica del campo y sus tiempos?

A las afueras de Furtwangen tomé una desviación que me fue llevando hasta Donauquelle, donde nace simbólicamente el Danubio. La calzada se estrecha y va subiendo por un valle hasta un punto en que casi paso de largo. Lo que encuentro entonces me descoloca: un monolito y una estatua que rayan en lo *kitsch*, más propios de una rotonda de suburbio que del nacimiento de un río que nos define. El reguero, además, no

impresiona: un hilo de agua tímido, discreto, difícil de asociar con el caudal majestuoso que pasa bajo los puentes de Budapest.

Y para empeorar la impresión, empezó a llover. Las gotas rompían sobre el agua escasa y los cantos rodados. También sobre mi cabeza sin pelo. Agachado, hice un cuenco con la mano y bebí de la oquedad que se abría en la piedra. Ni siquiera este ritual de paso atenuó mi decepción.

Me chocó la modestia y el abandono, la disonancia con la épica que el Danubio convoca en nuestra imaginación. Podría parecer que tomo partido por el otro nacimiento del río que me espera en Donaueschingen, aunque ya sé que tiene un contexto artístico más solemne.

Claudio Magris³, con su prosa rigurosa y melancólica, vio en esta discordia de los dos veneros la lucha entre una nobleza feudal en declive y una burguesía emergente, reflejo de una sociedad en transformación.

Yo, viajero de un país hecho de pueblos y valles que compiten entre sí por cualquier cosa, prefiero ver en esta controversia otra tensión: la del localismo. Un rasgo tan propio que convierte cualquier peculiaridad, club de fútbol o detalle cultural en motivo de orgullo y conflicto. Donaueschingen y Furtwangen se disputan la estirpe del río igual que se disputan Oviedo y Gijón la esencia de la Asturias de la que provengo. Un narcisismo de las diferencias nimias, de las vanidades locales, que no podía faltar en el carácter danubiano. Ese folclorismo que aquí pugna por fuentes, al escalar, al convertirse en identidad, enfrenta naciones. Lo pagamos en una moneda muy cara, unidad y fuerza. Lo sé bien, llevo esa fractura dentro.

Esperé bajo una marquesina a que parara de llover mientras repasaba la ruta en el móvil. Tenía frío y me apetecía algo caliente, pero estas no son tierras como la mía, donde todavía es fácil encontrar un bar en la carretera. Se me unió una pareja con dos chiquillos, igual de entusiasmados que yo. El cielo fue recuperando el azul y volví a coger la Vespa.

Tocaba transitar con cuidado y en esa lentitud disfruté las curvas que seguían el curso del Breg. La moto parecía ir sola en un vaivén que me llevó en media hora hasta Donaueschingen. Allí me esperaba la otra fuen-

³ Magris, Claudio. *Danubio*. Anagrama, Barcelona, 2019.

Monolito que marca
la fuente del Danubio
en Donauquelle.



te, la más ceremonial. Ya la conocía gracias a la imprescindible novela *Kaputt*⁴ de Curzio Malaparte, en la que, con su estilo perturbador, culto y cínico, mezcla el horror de la guerra con el refinamiento y la belleza.



La segunda fuente del Danubio en Donaueschingen que impresionó a Curzio Malaparte.

En ella nos relata una cena con el criminal de guerra nazi Hans Frank en Cracovia. Y, para abstraerse de la sevicia circundante, evoca una visita al palacio de los príncipes de Fürstenberg. Y allí, en un estanque de mármol rodeado de estatuas alegóricas, se funden el Brigach y el Breg para dar nacimiento al Gran Río. Malaparte describe también los doce lienzos de *La pasión gris* de Hans Holbein el Viejo, que se encontraban en el palacio —actualmente en la Galería Estatal de Stuttgart—. Y nos lo cuenta cual si esa obra delicada y melancólica condensara la decadencia de una nobleza ilustrada y cosmopolita que fue custodia y también verdugo de nuestra cultura.

⁴ Malaparte, Curzio. *Kaputt*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017.

Malaparte fue el notario preciso de aquella catástrofe moral, a la que él no fue ajeno: en sus comienzos fascista y después comunista, para terminar en el lecho de muerte como católico converso.

Hoy todo aquello sigue igual, con la escultura de la Madre Baar y la Hija Donau presidiendo la alberca circular, en cuyo fondo se produce el mestizaje que regará todo el territorio. Justo a la entrada del parque han ubicado un mapa esculpido en piedra. Allí está trazado el curso del río, los países que atraviesa y los nombres con que lo llaman los ribereños: Donau, Dunaj, Duna, Дунав, Dunârea y Дунай.

No resistí la tentación de fotografiar la Vespa sobre ese mosaico: azul sobre piedra. Una foto para Instagram, el archivo efímero donde voy registrando la hoja de ruta visual de mi viaje por el antiguo Istro⁵.



Las Vespa ante el mosaico de Donauquelle.

Antes de volver al itinerario fui a una confitería para premiarme con la tarta de cerezas de la Selva Negra y una buena taza de café. La *Schwarzwälder Kirschtorte* casera estaba impresionante. No sé si fue el chocolate, la nata y las cerezas, o el *kirsch* con el que la empapan, pero salí como nuevo.

⁵ Istro (ιστρος) es como se llamaba al Danubio en griego antiguo. Era uno de los veinticinco hijos de Tetis y Océano.

De camino hacia Tuttlingen, donde había reservado para dormir, me desvié para ver el famoso sumidero. A la salida de un pueblo llamado Immendingen, el Danubio nos hace un Guadiana, desvaneciéndose casi por completo. Contemplar el cauce seco, parecido a la rambla de un pueblo mediterráneo en verano, te deja perplejo.

El contrasentido de un río con varias fuentes se completa aquí con otra no menos desconcertante: la de un curso que se reinventa tan solo unos kilómetros más adelante. A la alegoría del origen dual, el Danubio suma la de los alumbramientos múltiples. Un río que no tiene una sola verdad, sino varias que compiten, se sumergen y resurgen.

Como estas aguas que se sumen bajo tierra y reaparecen, por un capricho



Los comienzos humildes de un gran río.

kárstico, en el lago de Constanza. Y desde el lago, mezcladas con las del rival Rin, marchan al norte. Tal infidelidad hidrográfica se revela una rareza geológica que rememora el cruce de las identidades alemana y europea. Y también de la imperfección de los planes, de los itinerarios vitales y políticos que emprendemos aquellos que nos formamos en la idea de que la historia es lineal.

Dicen los geólogos que algún día el sumidero acabará tragándose todo el curso alto y que el Donau nacerá entonces más adelante, apostatando de su cuna en la Selva Negra. Espero que la evolución histórica y política no siga esa deriva subterránea. Que no gane la Alemania encerrada en sí misma, sino la de los cauces compartidos y las aguas mezcladas.

Los kilómetros finales del día los recorro en ese estado de consciencia flotante que se da cuando el cuerpo conduce en automático y la mente divaga libre. Descubro que llevo horas sin pensar en las urgencias que



Puente de Tuttlingen sobre el Danubio.

dejé atrás, en los correos sin contestar, en las obligaciones pospuestas. Incluso en la modestia de sus orígenes, el Danubio ya está haciendo su trabajo: desconectar del día a día, invitar al fluir.

Oscurecía ya cuando, con manos y cuerpo entumecidos, entraba por las calles solitarias de Tuttlingen para pasar mi primera noche en la ribera del Donau. Aparco la moto frente al hotel, apago el motor y el silencio repentino me envuelve como una manta. Era un *hostel* de esos automatizados y sin personal a la vista, a los que accedes con la tarjeta de crédito. Más allá de lo impersonal, me complicó bastante la maniobra de desmontar el equipaje, asegurar la moto y entrar a la habitación.

El edificio parecía vacío. No me gustó esa ausencia de contacto humano. Prefiero la calidez de la hotelería tradicional, aunque implique alguna conversación sin sustancia. Para espantar esa sensación, salí a cenar.

Crucé a la otra orilla por un puente cubierto de madera y encontré un bodegón donde cené una carne y un vino poco memorables.

Pudo más la emoción de terminar el día inicial de esta aventura en Vespa. Me encontraba solo, en una villa alemana cualquiera, cansado, con esa sensación extraña y plena de estar, por fin, donde debía. El viaje había comenzado de verdad.

*✂ Los viajes se disfrutan mirando hacia atrás, aunque solo
se puede viajar moviéndose hacia adelante ✂*

*(El almanaque de Europa me recuerda que el 9 de junio de 1815
se clausuró el Congreso de Viena que redefinió las fronteras
continentales y envió a Napoleón al exilio)*